

8-31-2005

## Interview no. 1271

Saturnino González Díaz

Follow this and additional works at: <https://scholarworks.utep.edu/interviews>



Part of the [Oral History Commons](#), and the [Social and Behavioral Sciences Commons](#)

---

### Recommended Citation

Interview with Saturnino González Díaz by Magdalena Mieri, 2005, "Interview no. 1271," Institute of Oral History, University of Texas at El Paso.

This Article is brought to you for free and open access by the Institute of Oral History at ScholarWorks@UTEP. It has been accepted for inclusion in Combined Interviews by an authorized administrator of ScholarWorks@UTEP. For more information, please contact [lweber@utep.edu](mailto:lweber@utep.edu).

University of Texas at El Paso

Institute of Oral History

Interviewee: Saturnino González Díaz

Interviewer: Magdalena Mieri

Project: Bracero Oral History

Location: Chicago, Illinois

Date of Interview: August 31, 2005

Terms of Use: Unrestricted

Transcript No.: 1271

Transcriber: Alejandra Díaz

**Biographical Synopsis of Interviewee:** Saturnino González was born on November 25, 1943, in Tequisquiapan, Querétaro, México; he was raised with his eleven siblings; his father was an artisan, and although he learned the trade, he did not like it; he was formally educated through the sixth grade, and he ultimately obtained a secure job with the federal electricity commission in México; when he was nineteen, he enlisted in the bracero program where he worked throughout California picking lemons and strawberries; in 1972, he was able to emigrate to the United States, and he was ultimately able to bring the rest of his family with him.

**Summary of Interview:** Mr. González briefly recalls his family and childhood; he remembers hearing stories about his dad working in the United States, which made him want to do the same; as a young man he acquired a secure job with the federal electricity commission in México, mounting high tension cables; when he was nineteen he heard about a call for braceros, and he decided to quit his job for the chance to work in the United States; he traveled to the processing center in Empalme, Sonora, México, but he ended up being in debt before ever obtaining a contract; moreover, he details the harsh conditions he and other men endured while waiting there; in addition, he talks about how painful the physical exams were and how rudely they were conducted; as a bracero he worked throughout California picking lemons and strawberries; he goes on to describe the various worksites, duties, contract renewals, living conditions, provisions, payment, treatment, remittances, and recreational activities; oftentimes he served as a kind of leader for the other men, because he looked out for them and made sure no one took advantage of them; while working in Aromas, California, the crop was ruined by rain, but instead of returning to México, he deserted and sought work elsewhere; he initially went to Salinas, California, but he eventually made his way to Chicago, Illinois, where he found more permanent work; later, in 1972, he was able to legally emigrate to the United States, and he eventually brought the rest of his family with him.

Length of interview 50 minutes

Length of Transcript 26 pages

Nombre del entrevistado: Saturnino González-Díaz  
Fecha de la entrevista: 31 de agosto de 2005  
Nombre del entrevistador: Magdalena Mieri

En Chicago, el 31 de agosto de 2005 entrevistando al señor Saturnino González-Díaz.

MM: Muchas gracias, señor Saturnino, por venir hoy aquí, le voy a hacer algunas preguntitas sobre su vida en México cuando emigró y su trabajo aquí. Primero me gustaría que por favor me platique de dónde y cuándo nació usted.

SG: Mi nombre es Saturnino González-Díaz, nací en Tequisquiapan, Querétaro, el 11/25 [25 de noviembre] de 1943.

MM: Hábleme un poquito de su familia y cómo era el lugar donde nació.

SG: Donde yo nací es un pueblo, era un pueblo antes muy bonito, porque era en una especie de, a orillas de un río. Era un pueblo donde la gente a fuerza de pico y pala habían emparejado las calles, era una cosa muy bonita. Ahora si va usted al tiempo de ahora, ya es un pueblo muy moderno y muy famoso hasta en México. Tequisquiapan es un centro turístico y hay una ganadería de toros de lidia ahí en Tequisquiapan. Ahí nací yo y yo vivía en una casa, pos la más bonita del pueblo, pos porque era de mi familia, tonces natural que uno lo de uno es lo más bonito, pero yo era feliz ahí.

MM: Y, ¿usted proviene de una familia grande? Platíqueme un poquito de sus padres.

SG: Somos...

MM: ¿A qué se dedicaban?

SG: Somos once hermanos, mi padre era, él se dedicaba a la artesanía. Mi padre era uno de los que impulsó ahí en Tequisquiapan la cosa de la artesanía. Se trabajaba la vara de auz, haciendo bolsos, canastos, muchas curiosidades de vara, se usaba

la raíz de sabino. Entonces yo desde niño empecé a aprender eso y lo aprendí, pero yo no me metí a eso, pero sí, actualmente hago cosas muy bonitas, porque me gusta conservar mis raíces. Ya después de ahí yo, ya cuando crecí, me metí a la Comisión Federal de Electricidad a trabajar. Yo tenía buen trabajo, nada más que cuando yo nací, mi padre estaba aquí en Estados Unidos, en Chicago. Entonces cuando él regresó, yo era un bebé todavía. Pero como fui creciendo y él con sus amigos, había una esquina ahí en mi casa, se sentaban ellos a platicar. Platicaban sus anécdotas y él me mecía en sus rodillas y yo pensaba que un día iba a crecer y yo iba a ser como él, lo mejor hasta más que él. Así pensaba yo, yo tenía muchos sueños. Tons él siempre platicaba de Chicago, yo desde chiquillo ya hablaba una que otra palabra en inglés, porque yo era muy preguntón, ése ha sido mi problema, muy preguntón. (risas) Yo no me pierdo, yo siempre pregunto. Entonces así crecí, llegó el tiempo en que yo ya con el gusanito de que me venía yo al norte y no había otra forma más que venirme de bracero, es que como me enrolé yo en la cosa de los braceros, renuncié a mi trabajo, renuncié a todo y me vine.

MM: Antes de continuar con eso, platíqueme un poquito sobre su familia, ¿tiene más hermanos, hermanas?

SG: En mi familia somos once hermanos.

MM: Ah perdón, me dijo eso, sí.

SG: Sí. Y de todos, el único que salí de mi tierra, soy yo. Me juzgan loco a veces mis hermanos, porque pos ellos tienen buenos trabajos allá y yo no me arrepiento, porque hice lo que yo quería.

MM: Y, ¿usted tuvo oportunidad de ir a la escuela?

SG: Yo terminé el sexto grado y con eso en ese tiempo, muchos no tenían esa oportunidad y yo sí la tuve. Entonces en México, en mi pueblo, el que salía de sexto en ese tiempo pos ya, era más como decimos allá, más picudo que los demás y pues entonces yo me metí ya al trabajo.

MM: Y, ¿cómo se enteró usted del Programa Bracero?

SG: Yo el, hace, el 2001 escuché por el radio que había una persona que estaba promoviendo esto, que es el señor Sergio Moreno y su esposa.

MM: No, perdón, cuando usted estaba en México.

SG: Oh, cuando estaba yo en México.

MM: ¿Cómo es que se enteró que este programa existía? Y, ¿ahí usted tomó la decisión de...?

SG: Yo desde chico miraba cómo es que los braceros venían a Estados Unidos.

MM: Usted conocía el tema desde su pueblo natal.

SG: Yo, le digo, mi padre era una persona que anduvo muy en eso. Entonces mucha gente le pedía consejos a él, cómo es que tenía que actuar aquí en Estados Unidos para que no lo discriminaran. Mi padre era una persona muy inteligente y les daba cosas, ¿no? Entonces yo siempre me comunicaba con gentes que venían a Estados Unidos. Regresaban ellos y lo único que ellos llevaban era una chamarra de mezclilla, un sombrero de hilo y unas botas. Eso lo presumían y se les acababa a pedazos en el cuerpo, porque no, no llevaban más. Ése era su orgullo de ellos de llegar con eso. Unos cuantos centavos y gastarse su dinero y pedir prestado para venirse otra vez la próxima vez. Y yo no pensaba así, yo soñaba: “Un día que yo me vaya, yo les voy a demostrar que se puede hacer, aquí en México o en Estados

Unidos se puede hacer algo”, porque yo siempre he sido soñador. Y entonces yo los miraba a ellos, que ésa era su ruta de ellos, de venir, regresar, estar viviendo dos, tres meses, dedicarse a despilfarrar lo que ganaban y yo les decía: “Pues a ese caso, mejor ni ibas. Porque si regresas peor y vas a ir peor, ¿a qué le tiras?”. Ésa era, yo agarré los consejos que les daba mi padre. Entonces yo joven, pero tenía más noción que ellos y les decía: “Yo así no iba a mi tierra”. Y muchos dicen que eso era así, que ellos venían, se pasaban un buen rato, pero llegaban y empezaban otra vez igual, así era.

MM: Y, ¿usted tenía trabajo entonces en la compañía de electricidad?

SG: Sí, ahí.

MM: Cuando decidió participar del Programa Bracero. Y, ¿qué tipo de trabajo hacía en esa empresa?

SG: Yo era montador de cables de alta tensión. Porque yo tengo una cosa, que yo no soy nervioso. Entonces a mí me seleccionaron en una cuadrilla, allí en Tequisquiapan a que yo podía subirme a las torres. Y como yo me concentraba en lo mío, yo nunca miraba para abajo, así es que yo ni me mareaba ni me vomitaba y muchos de los demás no se atrevían a hacer eso. Tonces ése era mi trabajo, atornillar los cables arriba en los postes cuando ya estaban templados. Ése era mi trabajo.

MM: Y cuénteme cómo entonces usted ya conocía del Programa Bracero y cómo fue el proceso de contratación, ¿cómo hizo usted todos esos trámites para poder llegar aquí a Estados Unidos? Platíqueme un poquito por favor.

SG: Era un jueves en la tarde, cuando yo en Tequisquiapan y le voy a decir otra cosa, yo en Tequisquiapan era boxeador, era el jueves y yo ya tenía dos semanas reclutado a que no hiciera nada porque iba yo a pelear el próximo sábado. Tonces,

yo me preparé para la pelea. Entonces, yo en ese proyecto de prepararme a mi condición física y todo, llegó la noticia de que iba a haber braceriada. Entonces yo en el jardín andaba plasteándome con mi novia, que ahora es mi esposa y le dije: “Yo me voy a ir de bracero”. Y me dijo ella: “Estás loco”. Le digo: “Yo me voy a ir de bracero”. Tonces ella tenía una fotografía mía y yo traía otra en mi cartera y a las nueve de la noche fui por las cartas, me las dieron y pagué \$100 por ellas, porque ahí empezaba el estafe para lo de la gente. El comisariado sacaba dinero, el delegado sacaba dinero, era una sacadera de dinero. Si usted quería venir de bracero, se supone que las cartas eran gratis, pero ellos, siempre nuestro Gobierno es la misma cosa, a sacar de donde haiga oportunidad. Entonces yo ya con las cartas en mano llegué y le dije a mi padre que me iba de bracero. Me dijo: “Pues que Dios te bendiga”. Porque mi padre era así.

MM: ¿Cuántos años tenía usted en ese momento?

SG: Yo tenía diecinueve años, acababa de dar el servicio. Yo esperaba dar el servicio para venirme, ésa era mi meta. Entonces mi padre me dijo: “Ahora el problema está en que se lo digas a tu madre, porque tu madre, quién sabe qué va a pasar”. Le dije: “Yo, usted deme su bendición, lo demás yo me encargo”. Y como yo tenía que ir a pelear al Estado de México, le dije a mi madre: “Mamá pos dame tu bendición, porque me voy”. Y me dijo: “Pos si la pelea es mañana”. Le dije: “No, yo no voy a ir a pelear, me voy a ir al norte”. Y ahí se, ahí se desbarata lo bonito, ¿no? Porque es lo que, ahí empieza uno con el martirio ése de que tiene que venirse dejando. Tonces a las nueve de la noche le dije eso a mi madre y a las diez de la noche le toqué la ventana a mi novia, que quería yo la otra foto, porque necesitaba yo dos fotos para poner en la hoja que tenía yo que llevar al Empalme, a Sonora. Y allí estuvo el problema, que ella no me la quería dar porque decía que si, que qué pasaba, que si ya no era mi novia, que si habíamos terminado. Lo que pasaba, que ella no quería que yo me viniera, por fin, a ruegos y juramentos me dio la dichosa foto y ya fue como llegué a la presidencia al otro día con los \$100 y con las dos fotos y ahí empieza la cosa.

MM: Y, ¿ahí le informaron a usted de qué se trataba el trabajo una vez que llegara aquí, o le informaron de las condiciones?

SG: Ahí no se le informaba, ahí no se le informaba nada de eso.

MM: Nada.

SG: Ahí a usted, metían doscientas o trescientas personas que le tocaban a Tequisquiapan, porque usaban ranchos y todos los vecinos de los, lo más que venía era campesino, yo no era campesino.

MM: ¿Era ése un requisito?

SG: Era un requisito, pero entonces, como yo tenía conocidos ahí, esto, yo me pasé por ahí, como la cosa. Entonces de allí nada más lo mandaban a uno al Empalme en autobús y le cobraban \$70 por el autobús, ahí va otra sacadera de dinero. El Gobierno de Estados Unidos, después yo me informé de todo eso, el Gobierno de Estados Unidos daba el pasaje desde el pueblo de uno hasta el Empalme, Sonora. Pos ahí nos sacaban \$70 y en ese tiempo era mucho dinero. Porque una persona trabajadora en el campo, que trabajaba de pión, ganaba \$12. Así es que una persona para pagar \$100 de entrada por la carta y \$70, eran \$170. Y la gente que venía, los más no tenían ese dinero. Entonces se endrogaban, se endrogaban, empeñaban sus animales o muchas cosas, eso me lo platicaban a mí después acá, porque yo no tenía problema de dinero, yo traía dinero. Yo trabajaba, mi padre me apoyó en eso, no conmigo, pero yo miraba a la gente cómo es que sufría. Entonces al llegar usted al Empalme, ahí lo detenían a uno quince días, yo me pregunté: “¿Por qué quince días?”. Entonces yo platicaba ahí con las personas y la cosa era de nuestro Gobierno, otra vez. Si usted recordará, el PRI [Partido Revolucionario Institucional] dominó a México por setenta años, así es que la bolita, nadie se va a decir que no, o que ellos le pasen la papa a otro. Ellos mismos pusieron todo eso para estafar a la gente. Usted llegaba al Empalme, tenía



que estar ahí quince días comiendo, desayunando, comiendo, lo que fuera, era gastar. Los hoteles que había ahí se acordonaban con estacas y con mecates, con lazos para dividir el territorio de un hotel al otro, en pleno orilla del mar. Y ahí uno se llamaba el Miramar, otro el Cuatro Vientos y había uno que controlaba eso, le cobraba \$1 por un petate y dormirse en ese corralón. Eso era al aire libre, nada más que era el control de ellos que...

MM: Y quince días ahí estuvo.

SG: Quince días.

MM: Y, ¿se recuerda qué le daban de comer?

SG: No, ahí tenía que comprar usted, ahí tenía que gastar. Vendían arroz, vendían cocteles de fruta, marisco, como allá hay mucho pescado.

SG: El que podía comerse un pescado, se lo comía y el que no, pos a batallar, porque había muchos que venían de los ranchos, ellos ya sabían a qué venían, traían costales de tostadas. Traían tostadas, tostada y agua era lo que comía esa gente. A muchos de ellos que no venían enrolados en cartas, con recomendación de los estados, de los pueblos, tenían que llegar al Empalme y ganarse la tarjeta, la carta ahí en el Empalme cosechando algodón, se los llevaban a Obregón, a Ciudad Obregón, ahí cerca del Empalme. Trabajaban un mes para que les dieran la carta, para poder ellos venirse de braceros, no enrolados como nosotros, sino que tenían y ése era otro abuso de México para nuestra propia gente. Esa gente trabajaba un mes para, tenían que pisar cierta cantidad de kilos de algodón para que les dieran la carta.

MM: Claro.

SG: Cuando les daban la carta, esta gente ya estaba arruinada moralmente, físicamente, mal comidos y bien trabajados, muchos de ellos ya salían enfermos en el Empalme por pasar por el calor y los regresaban pa su tierra. Muchos ya no regresaban, muchos perdían el sentido y andaban deambulando en el Empalme, Sonora. Tons yo le platico del otro lado, pero el lado mío, ahí estuvo yo quince días y, ¿cuál era el fin de estar quince días allí? Era de que usted gastara todo su dinero que traía y le diera vida al Empalme. Ésa es una cosa. Ahí había cine, había luchas, había pelea de box, había muchas cosas pa sacarle dinero a la gente. Tonces cuando ya ellos calculaban que ya no traía dinero, le leían la carta y pasaba al corralón que le llamaban ellos, que era un campo de béisbol ahí en el Empalme. Usted entraba a esa parque de béisbol y ahí empezaba su martirio, ahí era ya de otra cosa. Lo primero que le hacían allí, le chequeaban que trajera la carta, que si estaba esto y el otro. El líder, traía uno un líder, era el que entregaba el bloque de cartas y ahí lo pasaban, lo hacían uno en una línea, le enganchaban unas, ¿cómo le podría decir?, unos cartuchos grandes, de unos, de unos diez centímetros con una aguja de gancho. Esa aguja se la clavaban en la vena, caminando. Y cuando usted tenía que ver cuando se llenara la cosa ahí para la sangre, usted misma se la desenganchaba y ya iba llena la sangre, que era la muestra que ellos querían. La dejaba allí, le recogían ésa y le clavaban otra, le sacaban dos. Tonces después de esas dos, se esperaba usted una media hora, ya le decían si estaba buena su sangre o no, para seguir el y a mí me sacaron tres veces dos cartuchos de esos, porque yo tenía la sangre mala. Y yo le dije: “Permítame joven, yo soy de esto y esto. Yo me chequeo la sangre mensualmente, para lo que yo hago de deporte”. Dijo: “Aquí no se vale hablar, si vuelves a hablar, te sacamos de la línea”. Tonces tenía que aguantar eso, ya me sacaron la sangre, me la sacaron quizás porque vieron que era una sangre que tenía yo muy buena, no porque estuviera mala. De ahí ya entonces pasaban a uno, le hacían un chequeo para ver si no tenía uno enfermedades venéreas como gonorreas o cosas así. Entonces el que estaba ahí haciendo eso no era un doctor, señorita, para mí que ni veterinario era, porque era una cosa ruda. Le agarraban el miembro, le daban un jalón y al mismo tiempo le daba un piquete hacia arriba, en la ingle, si es que no

tenía usted hernia. Usted no tenía nada, porque pos estaba bien, pero con el jalón y el piquete se hacía uno adolorido hasta por una semana. Yo duré con ese dolor, es que era una cosa muy tosca lo que hacían esos hombres. Ya de ahí lo volteaban hacia, todo era desnudo ahí, todo era al desnudo. Le quitaban la ropa y todo. Entonces ya de ahí lo volteaban contra la pared y le venía otro que le hacía el chequeo de almorranas y todo eso. Era una cosa, para uno que andaba en eso y no sabía uno que era mucha discriminación, uno aceptaba todo, porque decía uno: “Pos si todo mundo lo hace, y el que no lo haga lo echan para atrás”. Tons ya de ahí ya pasaba usted y ya había una persona que le chequeaba las manos, si las manos las tenía rasposas. Gente de campo podía trabajar. Pero si no tenía las manos rasposas, era un requisito para regresarlo. Pero como yo no trabajaba rústico y nada de eso, yo tenía las manos lisas. Pero al llegar yo el Empalme, los mismos compañeros me dieron un olote, que es un olote, que es el centro de la mazorca, que está rústico y ése lo talla usted por dos, tres días, haciéndolo, jugándolo en las manos a que con la cascarita del olote le levante la escama de la mano. Duele, pero como le digo, uno es capaz de hacer cualquier cosa. Nada es fácil, si uno quiere hacer algo, tiene que brincar obstáculos y ése era uno que nos lo pusieron. Pos era fácil, ya lo hice, ¿vedá? Tons ya de ahí pasé, ya nos hicieron eso, entonces vienen otros, nos apachurraban los músculos, los brazos, las piernas, pero fuerte, a ver si uno se sacaba. Que si no tenía operaciones, que si no, no tenía nada. Tonces ya de ahí, ése era el proceso que ellos, ya la cosa de doctores y chequeo.

MM: Y esto, todo esto, ¿usted se lo llevó acabo en el Empalme?

SG: Tenía que hacerlo en el Empalme y sí, y de ahí lo metían.

MM: ¿Entonces usted cruzó por Sonora?

SG: Sí, entonces ya de ahí, cuando le hacían todo ese chequeo físico, lo metían en una especie de carril. Éramos cinco o seis la línea, pero se convertía en una y cuando

uno entraba a ese carril, había una manguera arriba que un hombre se la ponía en el cuello atrás, otro que le ponían acá en el ombligo, uno jalándose y ahí lo vestían, jalándose el pantalón. Le metían una manguera en el cuello atrás con polvo para el, para desinfectarlo, para matar que los piojos. Entonces le digo, algunos que sí traerían piojos y los que no traíamos, era igual. Tons lo hacían que en el ombligo se metía la mano en el cinturón, se jalara el cinturón y le metían otra manguera, le daban arriba, otro abajo. Tons cuando yo iba pasando, otro atrás le jalaba el cinturón y le daba otro manguerazo. De ahí pasaba uno a un corralón grande, le digo, era un parque de béisbol. Entonces tenían rejas así con tubos, como encerrar animales. Ahí lo tenían a uno por una hora para que diera efecto la fumigada que le daban. Le llamaban La Famosa Fumigada. Ya de ahí lo mandaban a uno a que se bañara. Mientras estaba el proceso que le hacían su mica, lo que ya cuando uno salía de ahí, ya entraba uno a los autobuses, ya bañado, ya le daban desayuno, le daban un bote de jugo, le daban galletas, le daban un sándwich. Ya entraba usted a un autobús y de ahí lo llevaban al centro Caléxico. En Caléxico era un galerón grandísimo. Ahí había mucha gente, yo me imagino que había unos cuatro mil, tres mil personas ahí que llegaban y llegaban ahí, entraban y salían. Entonces ahí el patrón, que el que necesitaba quince o diez o veinte personas pa hacer una cuadrilla, se subía a un entarimado y con el dedo apuntaba cuál es el que le gustaba para hacer su trabajo. Si la persona era chaparrita, servía para la fresa, a ras de tierra. Si la persona era grande, lo usaban para cargador, cargar cajas, subir a los trailers o trabajos que era pa gente alta. Pero sí era cosa de fresa, casi lo más que ellos escogían, gente bajita. Y yo era uno de ellos, así es que yo entré a la fresa. Entonces, ahí estaba como un comprador de ganado y un vendedor. El que estaba repartiendo la gente, anotaba: “¿Cuántos quieres?”. “Que diez. Ése, ése”. Lo agarraban y lo ponían a uno en un rincón. “¿Cuántos son estos? Su nombre”. Y zas, zas. Ya lo apuntaban a uno y se lo llevaba él en un autobús. Podíamos ser veinte, doscientos, trescientos, lo que fuera. Yo estuve como con ciento cincuenta la primera vez.

MM: ¿Era un grupo?

SG: Un grupo.

MM: ¿De ciento cincuenta personas?

SG: Entonces ya de ahí...

MM: Y, ¿a dónde fue a cosechar frutillas?

SG: De ahí salía uno en autobús y de ahí hacía uno unas cinco o seis horas para donde, a veces más, donde tenía uno que llegar. Yo llegué a Watsonville, California. Ahí en Watsonville, California llegamos de noche, era un campo, un campo de concentración, donde ahí se concentraba uno. Entonces en la misma noche nos enseñaron lo que era las barracas, el comedor, donde estaban los baños, donde tenía uno que en la mañana estar para cuando llegaran los autobuses para sacarlo a trabajar. Correcto.

MM: Y, ¿qué le pareció a usted cuál es la primera impresión de ese lugar donde estuvo?

SG: La primera impresión de eso, es que yo ya sabía todo eso. Por las pláticas de mi padre y las pláticas de los mismos braceros, para mí no era nada nuevo. Pero yo lo que yo miraba es que mi gente, todos ellos se alegraban de ver todo eso. Yo para mí, decía yo, si viene uno a trabajar, si viene a esto, es para que tuviera uno cuando menos mejores atenciones. Porque yo le digo, yo en México tenía otra noción de que sí, uno en Estados Unidos, acá podía estar mejor que en México, ésa era mi noción. Pero a pláticas de ello, ya más o menos sabía cómo estaba la cosa. Pero decía yo: “Si siempre critican a México que estamos en el tercer mundo, para ir a Estados Unidos yo creo que vamos a ver otro mundo”. Pues era a veces hasta peor que en mi rancho. Así es que entonces le digo, ahí llegamos, había un señor, no se me olvida, se llamaba Juan, le decían Johnny, era texano. Y él era una persona que al momento nomás de verlo uno ya sabía a quién trabajar. A mí me agarró por un lado y me dijo: “Oye, ¿cómo te llamas?”. Le digo: “Yo me

llamo fulano de tal”. “Oye”, dijo, “te ves tú como que no embonas en esto”. Le digo: “¿Por qué?”. “No traes sombrero”, dijo, “y todos traen sombrero”. Le digo: “Yo nunca he usado sombrero”. Dice: “¿Cómo que nunca has usado?”. “No”, le digo, “yo nunca he usado sombrero”. “Pero aquí vas a trabajar en el campo”. Le digo: “Lo siento, yo te voy a trabajar en el campo”, le digo, “yo corro diez, doce kilómetros ida y vuelta diarios, sin sombrero, sin ropa”, le digo, “a mí el sol no me perjudica”. “No”, dijo, “aquí vas a hacer lo que yo te digo”. Le digo: “Correcto, no vamos a discutir”. Porque yo ya sabía que si me le ponía bronco, dice, ya agarró el grupo, dice: “Aquí tengo papel para escribir, tengo estampillas, tengo lápices, tengo gomas, lo que ustedes quieran, zapatos, chamarras, pantalones, agujetas, lo que quieran ahí”. Era donde uno iba a abastecerse. Tonces ahí empezaba otra clase de abuso, a la hora del primer cheque. Tonces ahí cuando ya llegamos ahí, al otro día en la mañana llegamos al campo, al *field* y ya nos enseñaron las matas de fresa, qué es lo que había. Ahí no había fresas, ahí lo que era, había tres hojitas de rama, de planta que salían del surco en la tierra y yo quería ver fresas y no eran fresas, eran tres hojitas que salían apenas. Tonces lo que había que hacer allí, era inclinado todo el día, encorvado, quitarle las hojas secas a esa, a esas ramitas verdes para que ya saliera la planta. Como en dos semanas esas plantas ya estaban grandes, lo que es la química que les ponen, todo lo que les ponen y nuestra chamba de nosotros fue, los primeros semanas fue limpiar, quitarles todo eso. Ya cuando regresamos a los quince días al mismo *field* donde empezamos, ya había fresas. Pero eran unas fresas grandes que les llaman brevas. Esas fresas las corta uno y son al tamaño de una paleta. Tons esas paletas no tenía uno que comerse ni una y en un día piscaba uno cinco, seis, no había, pero era parte del trabajo. Trabajábamos diez horas, cosechábamos quince o diez fresas de esas, pero al mismo tiempo le íbamos dando mantenimiento a las plantas. Con una espátula le cortábamos la guía que había salido por un lado y donde no había mata ahí la plantábamos. Y al mismo tiempo íbamos juntando las fresas, pero en los primero días había personas de campo que para sentarse o para levantarse tenía uno que ayudarles. Yo como era una persona que hacía mucho ejercicio, a mí eso no me perjudicó, porque yo tenía mucha agilidad, mucha

habilidad. Entonces yo lo que les servía a ellos, es que en el baño, en cuando se iba uno a bañar, yo les daba muchos de ellos, a los más malos, les daba masajes, muchos se iban, se sentaban en el *toilet* a hacer necesidades y no se podían levantar del dolor de espalda, que los tendones se les hinchaban. Tonces yo los levantaba con la, los levantaba, les daba masaje y yo sabía mucho de dar masaje, aún todavía me dedico a eso, a mis amigos, a mis nietos les doy su masaje. Entonces yo los alivianaba en eso y me agarré mucha amistad con ellos. Empezó ya la cosa de la fresa ya en grande. Tonces ya nos pagaban a dólar la hora, pero si usted podía pisar más de doce cajas al día, la caja, las cajas arriba de doce se las pagaban a dólar. Yo llegaba a pisar cuarenta y siete o treinta y cinco cajas diarias por día.

MM: Por día.

SG: Sí, trabajábamos doce, trece horas, según el clima, ahí no...

MM: Y, ¿cómo le pagaban, por semana o por...?

SG: Nos pagaban por quincena.

MM: Y, ¿cómo le pagaban, en efectivo o en cheque?

SG: En cheque. Y ahí le digo, ahí va la cosa del campero. Aquel texano, Johnny, que estaba ahí, él nos cambiaba el cheque, nos cobraba por el cheque. Él nos vendía los, ¿cómo se llaman?, los, ¿cómo?, los *money orders* ahorita para mandar para México, los talones, los cheques, digamos los cheques. Entonces como todo mundo quería darle saber a su familia que ya había uno llegado, ya le debía uno pluma, todo lo que era necesario, zapatos, camisa, chamarras, todo, sudaderas, porque tenía usted que usar sudaderas por la brisa.

MM: Y, ¿eso usted lo tenía que comprar o se lo daban?

SG: A con él. No, no, lo tenía que comprar, se supone que lo daban.

MM: O sea lo único que a ustedes les daban era el lugar dónde vivir y el pago...

SG: Y nos cobraban también por la comida.

MM: Por la comida.

SG: Nos descontaban la comida, sí. Entonces este hombre nos cambiaba el cheque y a mí me dijo: “Me debes tanto”. Le dije yo: “Yo nada más te pedí una libreta y una pluma, un sobre y una estampilla”. “No”, dijo, “me debes tanto”. Le digo: “No te debo tanto así”, le digo, “hazme las cuentas”. Me puso por un lado y me dijo: “Mira González, cuando estemos hablando de negocios, tú nomás di que sí”. “No”, le digo, “yo no puedo decir que sí, porque yo no te debo eso”. Dice: “Entonces, ¿cuánto me debes?”. “Ya le dije, ahí tienes los precios, yo te salgo debiendo como \$0.90, es lo que yo te debo”. Me estaba cobrando como \$6 dólares. Y eso le hacía a la gente y la gente que en realidad no, no sabía. Entonces yo ya más enrolado en eso, les preguntaba yo a señores de Oaxaca: “¿Cómo haces tú para mandar dinero para México?”. Dice: “Lo metemos en el sobre y se lo damos a él”. “No”, le digo, “eso es lo más malo que puedas hacer. ¿Cómo le vas a dar el sobre con \$50 dólares adentro para tu familia? No”, le digo, “compra el *money order*, el cheque que es, compra el sobre y yo te lleno tus papeles”. Se dio cuenta él que yo andaba haciendo eso y ya me andaba echando para México. Pero como a mí me conocían todos, ya nos agrupamos en el comedor y no lo dejaron que me sacara, pero él quería echarme a mí para el centro Caléxico, para que me echaran a México por indisciplinado. Pero yo era uno de los mejores trabajadores. Entonces así toda le gente se unió y no me echó, pero su intención de él era echarme para México porque yo les abrí los ojos. Tonces yo iba al pueblo, llegando al pueblo a la primer quincena yo fui al pueblo, a Watsonville. Conocí las tiendas, conocí todo y comparé precios con los que él tenía ahí, yo le decía a la gente: “Miren, vamos al pueblo, yo los llevo”.



MM: ¿Cada cuánto, discúlpeme, cada cuánto tiempo le daban libre? ¿Usted trabajaba cuántos días a la semana?

SG: Trabajábamos seis días a la semana y el domingo...

MM: El domingo libre.

SG: Él nos prestaba con otro mayordomo para que fuéramos a desenrramar tierras o algo así y yo no trabajaba los domingos, yo le decía: “Los domingos yo no trabajo, porque no quiero trabajar”. “No, pero que González, que firmaste que ibas”. “No, sí”, le digo, “firmé que iba a trabajar, pero no a esclavizarme. Yo trabajo pa el patrón que me contrataste”, le digo, “pero para tú rentarme con otro”, le digo, “no, no, yo no trabajo”. Tonces se llegaron a unir más conmigo y él perdió dinero ahí porque a él le pagaban por acres de limpiar allá. Entonces como vio que conmigo no pudo, porque la gente me empezó a encariñarse conmigo y a traerme confianza, los llevaba yo al pueblo, íbamos de compras y en el pueblo yo les compraba los cheques y íbamos en una casa de cambio que había ahí. Nos cobraban \$0.50 por cambiarnos el cheque y si comprábamos ahí, porque también había tienda, no nos cobraban por el cheque y si éramos cierto grupo, nos daba descuento. Así es que ahí era bonito todo, era como yo me lo imaginaba, pero en el campamento estaba la cosa que era puro abuso y eso...

MM: Y, ¿los artículos de higiene también le daban o los tenía que comprar?

SG: Eso lo había ahí, lo había en la cosa de las barracas, ahí en los baños, todo eso había.

MM: Eso estaba.

SG: Sí.

MM: Se lo daban, no tenía que comprarlo.

SG: No.

MM: Y, ¿los domingos qué más hacía además de compras, tenía oportunidad de ir al cine o de algún divertimento?

SG: Los que éramos casi, yo creo que los mexicanos el 100% en ese tiempo éramos creyentes. Íbamos a la iglesia, íbamos a misa, íbamos de compras. Nos gus[taba], a mí me gustaba siempre ver lo que, donde yo andaba para poder platicar. Tonces yo me iba, recorría, había tres calles, unas calles largas, caminaba yo por las tres calles, iba a comerme un sándwich o cosas así y la gente le gustó eso. Había una barra, yo ni tomaba en ese tiempo, yo estaba en el deporte como le digo, pero ahí me iba y me tomaba un refresco. Iba con mis amigos, se tomaban unas dos cervezas, les decía: “Es hora de irnos muchachos”. Me agarraban como líder, yo creo eso les sirvió mucho, porque no sé, conmigo no se salieron de como muchos otros que se iban y se emborrachaban y gastaban su dinero. La gente que me siguió a mí, yo les inculqué eso, de que si venían, venían por algo. Muchos compraron televisión, muchos compraron radios para llevar, que eso no se miraba. Como le digo a ellos, con un pantalón y una chamarra era lo que llevaban, conmigo llevaron su radio, su televisión, muchas cosas que actualmente si voy yo a Tequisquiapan, muchos de ellos las conservan. No sirven ya, pero tienen su radio, tienen su televisión como adorno de su casa, le digo, ésa es la historia.

MM: Y, ¿por cuánto tiempo fue este contrato que tuvo usted?

SG: Eran por cuarenta y cinco días, pero si era buen trabajador, seguía renovando contratos.

MM: Y, ¿usted cuánto tiempo estuvo?

SG: Nueve meses duré yo.

MM: ¿Siempre con el mismo?

SG: En el mismo rancho.

MM: En el mismo rancho.

SG: En el mismo rancho, sí.

MM: Y, ¿luego de los nueve meses qué sucedió?

SG: De los nueve meses nos reclutaban al centro Caléxico para ya entregarnos a México. Ya de ahí nos mandaban en autobús otra vez. Ya no, ya de allí del centro Caléxico, había autobuses donde ya llegaba uno a México, a Mexicali. Llegábamos a Mexicali y ya de Mexicali agarrábamos el autobús a nuestro destino, unos pal Sur, otros pal Norte y ahí se despedía la cuadrilla, ahí se desbarataba uno ya.

MM: Y para poder regresar con otro contrato, ¿tenía que otra vez hacer todo el proceso?

SG: Otra vez el proceso, sí.

MM: De las cartas, exactamente lo mismo.

SG: Sí, el segundo año cuando entré, encontré dos de los que habíamos estado en Watsonville. Entonces cuando yo llegué al Empalme, los encontré a ellos, entonces ellos luego luego se vinieron conmigo. Chino dice: “Nos vamos a ir pa donde te vayas tú”. “Pos órale”, y ahí nos vamos. Entonces nos fuimos para el limón para Santa Paula. En Santa Paula teníamos que hacer de comer, ahí ya no

había, ya no había comedores que nos dieran de comer, teníamos que hacer de comer. Entonces ahí había ollas, cacerolas, había todo. Entonces ahí llegamos con otro mayordomo que ése era más, ése era más buena gente, ése era más, era texano también, pero con otra ideología, era más amable él. Entonces ya llegamos al rancho, al campamento, ahí al rancho y nos dijo el patrón. Entonces, fue por nosotros el patrón allá a recogernos al centro Caléxico y él dijo: “Yo los voy a llevar a mi propiedad, tengo ahí barracas, lo demás es el rancho, ahí ustedes van a hacer de comer”. Y ya entre nuestra gente todos se quedaron frenados, porque muchos de ellos no sabían nada. Le digo: “No se preocupen, a ver cómo le hacemos”. Entonces yo había vivido con mi abuelita en Tequisquiapan y yo aprendí desde chico a hacer de comer por medio de ella, que ella se enfermó y yo preparaba las comidas y ella me decía qué le pusiera. Ella estaba en silla de ruedas, entonces yo agarré el sazón de mi abuela. Entonces ahí empezó la cosa, entonces llegamos y al otro día temprano, ese día ahí había sándwich. Él nos tenía sándwich, jugos, leche, dijo: “Pero ustedes tienen que hacer de comer. ¿Qué es lo que necesitan?”. Yo ya sabía qué se necesitaba por mi papá, costales de harina, azúcar, sal, pimienta, ajos, cebollas, lo que era pa cocinar, carne. “No, lo que ustedes quieran”, dijo. Entonces ya llegó, nos metió en los refrigeradores todos y todos: “Y, ¿ahora qué hacemos?”. Le digo: “Vamos a ver. Yo voy a cocinar por el primer día. Tú vas a hacer tortillas”. “Yo nunca he hecho, hacer tortillas”. “Ni yo tampoco”, le digo, “porque de harina no se usa”. Pero nos llevó al rodillo, hice la masa, yo sabía un poco de panadero, porque a mí me gustaba de todo en Tequis[quiapan]. Entonces batimos la masa, le pusimos su sal, le dimos su fraguamiento para que pusiera más o menos, la batimos bien. Ahí estaba la mesa, todo listo, porque ahí llegaba otra gente. Si nos íbamos nosotros, llegaban otros, así que ahí estaba preparado pa cocinar. Ya le puse una bola de masa, le empecé a dar con el rodillo, le di figura, le digo: “Así las vas a hacer”. El comal allá ardiendo, zas, zas. Dice: “Pero no me quedan”. Le digo: “Como te queden. Al fin las primeras te las vas a comer tú”. Y así empezó, otro: “Tú vas a lavar los traste”. “Yo nunca había lavado trastes”. “Vas a lavar trastes”. Así fue como empezamos, al último, cuando ya teníamos bien enrolados, uno de cada uno, nos tocaba hacer

de comer, porque ellos aprendieron, la cosa es que la gente quiera. Sabían hacer tortillas, sabían hacer arroz, sabían hacer sopas, todo teníamos para hacer. Nomás le mencionaba uno al señor qué quería uno y él nos lo llevaba. Mataba venados él y nos llevaba la carne de venado, yo la sabía cocinar, yo la cocinaba. El mayordomo tenía una fiesta en su casa y me dijo... Oh, porque una vez yo me fui al río y en el río vi los salmones cómo nadaban, agarré dos, porque yo, yo vengo de Tequisquiapan donde le digo que había mucho, mucho marisco, mucho pescado ahí en una presa. Le digo, mi pueblo, no le había dicho antes, pero eso era muy bonito ahí. Agarré los pescados y hice un caldo en una olla grande y el mayordomo fue a comer con nosotros, dijo: “Y, ¿quién hizo esto?”. Le digo: “No, pos nos acaba de llegar de México y aquí, exportado”. No, le dio risa, dice: “¿Dónde sacaste los pescados González?”. Le digo: “En el río hallé, en el arroyo”. “¿Cómo?”. “Con la mano, agarré uno en cada mano y aquí está”. Yo tenía esa facilidad de agarrarlos. Dijo: “¿Sabes qué González? Yo tengo una fiesta en mi casa y quiero que me hagas un caldo de estos”. Le digo: “¿Cómo no? Seguro que sí”. Fui con él, en diez minutos tenía cuatro pescados de los, tamaño que él los quiso, porque bajaban pero miles ahí, como nadie y tenían más o menos unos treinta centímetros de agua, así es que venían nadando a costado. Los agarré a mi antojo, los limpié, los despedacé, los metí a la olla, le hice su caldo ahí en su casa de él y llegaron sus invitados. Él no les dijo que yo era bracero, nada más les dijo que un amigo le había hecho el caldo. Ya platicando, me dijeron ellos: “Y, ¿quién eres?”. Tons ya les dije: “Yo soy bracero”. “Pero, ¿cómo bracero? Tú no te ves como bracero”. Le digo: “Yo soy bracero y mi mayordomo es aquí”. Y les gustó el caldo y me dijo: “¿Sabes qué? Tienes que enseñarle a mi esposa cómo hacer el caldo”. Iba yo y le enseñé a su señora a hacer el caldo, así me gané yo mucha amistad.

MM: Y, ¿cuánto tiempo estuvo con este segundo contrato en Santa Paula?

SG: Ahí estuvimos otra vez nueve meses.

MM: Y, ¿luego se regresó nuevamente?

SG: Nos regresamos a México y regresamos otra vez.

MM: Tres veces en total usted ha estado ahí.

SG: Sí, yo regresé a Aromas este, llegué a Aromas, a los dos meses de que estaba yo allí, cayó una tormenta y se acabó por completo la cosecha de fresa. Tonces, era otro mayordomo, muy buena gente también él, en la noche fue y me dijo: “González, yo no sé qué vas a hacer, pero mañana”, era domingo, “mañana lunes, a las dos de la tarde yo llevo a la gente al centro Calxico”, dijo.

MM: O sea que en la tercer vez que usted regresó fue para cosechar frutillas.

SG: Sí, la fresa.

MM: Fue frutillas, limón y fresas.

SG: Entonces yo en la misma noche me salí de allí y me salí, ¿a dónde? Llegué a Salinas, llegué yo a Salinas. Ahí en Salinas había una cantina que se llamaba El Ranchero. Yo ya venía con miras de, yo ya me deserté, automáticamente cuando él me dijo que iba a regresar la gente, él me lo dijo a mí, a ver qué hacía yo. Tons yo le dije a cinco amigos míos: “¿Saben qué? Que yo no voy pa México”. Dijeron: “Ni yo tampoco, Chino”. Y nos venimos los cinco a Salinas, de Salinas...

MM: ¿Cómo llegaron a Salinas?

SG: ¿Cómo llegamos?

MM: Sí.

SG: En un aventón, con uno de los mismos amigos que había por ahí le pedí un aventón y me lo dio, dijo: “Sí Chino, cómo no”. Ya le platicué la situación, dijo: “Chino”, dijo, “te deseo lo mejor”. “Es todo”. Llegamos a Salinas, ahí estando en la cantina en Salinas conocí a una persona que se dedicaba a pasar gente, a transportar gente. Yo le dije: “Somos cinco”, le digo, “queremos ir a Chicago”. Dijo: “\$200 dólares por cada uno y los llevo”. Le digo: “Vámonos”. Nos venimos, pagamos \$200 dólares cada uno por venirnos. No los pagamos ahí porque no los teníamos, pero yo tenía un tío aquí en Chicago, cuando yo llegué aquí yo le dije a mi tío de lo que se trataba, él me facilitó a mí el dinero. A mí me lo pagaron los muchachos y yo se lo pagué a él y es como llegué yo aquí.

MM: Y, ¿en qué años llegó aquí a Chicago?

SG: El [19]64.

MM: Y, ¿qué hizo una vez aquí en Chicago?, ¿a qué se dedicó?

SG: Estando aquí en Chicago mi tío trabajaba en la Zenneth, una compañía muy importante aquí en Chicago y él no tenía tiempo de sacarme a mí a buscar trabajo, porque él su trabajo era ése, ¿no? Tonces yo aquí me empecé a hacer amigo de los vecinos puertorriqueños y me dediqué yo a con ellos, a pos, a decirles de que pues yo necesitaba trabajo y esto y me metí en la YMCI que estaba en la Division y Ashland, a entrenar box. Yo quería seguir echando mis ansias de torero. Entonces ahí empecé con un señor que se llamaba Julio, un puertorriqueño. Lo primero, lo curioso mío, que él me hablaba en puertorriqueño, yo le hablaba a mi estilo y me mandó a la tienda y me dice: “González, ve y tráeme unas cuatro chinas pa hacer un jugo”. Le dije yo: “Sí, Julio, sí”. Me metí en una frutería, anduve vuelta y vuelta buscando las chinas y no encontré yo las chinas y le digo a la muchacha que estaba ahí, le digo: “Señorita”, le digo, “¿me podría indicar dónde están las chinas?”. “Ahí están”, dice. Y miré yo y eran unas naranjas. Le digo: “Señorita”, le digo, “yo soy mexicano”, le digo, “nosotros le llamamos naranjas”. “Pos

nosotros le llamamos chinas”. Le digo: “Muchas gracias”. Entonces así es como uno empieza, ¿no? Pero yo no me frenaba, yo empecé. Ya le dije: “Julio, y ahora esto, ¿cómo le llamas a esto y a esto?”. Ya, es como yo, ya le digo, yo mi problema ha sido ser preguntón, entonces ése era, como ahí es como me desarrollé. Con él yo pintaba casas, arreglábamos porches, lo que fuera, porque yo rápido agarraba las cosas. Entonces él me pagaba según lo que le dieran a él, si le daban \$20 dólares, a mí me daba la mitad, así empecé a abrir los ojos. Tons conocí a un amigo y me dijo que había trabajo en el centro. Yo entré a trabajar aquí en el Yangenk [John Hancock Center], no en el, se llama The Casino Club. Está al lado del Yangenk [John Hancock Center]. Está en la Chicago y la Delaware, Michigan y Delaware, está ese edificio. No es un edificio, es un casino de un piso, pero al lado estaban construyendo el Yanhenkal Building [John Hancock Center] cuando yo llegué aquí. Tonces yo llegué allí y como entré yo allí, es que yo no hablaba inglés, no tenía yo que hablar inglés allí, porque era una cosa de política allí. En ese casino iba el señor Richard Daily los miércoles y jueves a jugar póker y yo era el que le tenía que prender la pipa o prenderle el puro o llevarle el trago. Nomás a una seña de su mano, yo no podía hablar, nada más eso era lo que, yo al pasar por un portón ahí, traía yo zapatos de madera, traía botones de madera, no traía nada de metal, para que pasara yo ahí. Tonces, el cocinero, los *bartenders* todos estaban acá, sino, yo era el que tenía acceso a ellos que estaban hablando de política y tomando y jugando. Tons ahí empecé yo a trabajar así, ése fue mi trabajo. Después de que ya se iba él, yo era el que limpiaba las alfombras, le sacaba brillo al piso, acarreaba el hielo para la barra, pelaba las papas. Yo era un mil usos ahí, porque ya le digo, yo tenía habilidad para todo. Entonces el italiano era un, un italiano era mi mayordomo y él me decía: “Entre menos inglés hables aquí, más subes”. “No”, le digo, “está bien”. Pero yo saliendo de ahí, me iba a la YMCI, le digo, a entrenar y eso, boxeo, que me gustaba. Y allí me hice de amigos puertorriqueños y con ellos empecé a hablar inglés. Palabra que me decían, palabra que no se me olvidaba. Al mes fui a la oficina a hablar con el encargado de ahí, el jefe de personal y le estuve platicando en inglés y me dice: “Una cosa admiro de ti”, dijo, “que todo lo que te enseñan una vez lo haces”. Usar



las *vaccums*, usar las *buff machine*, todo eso sabía yo ya, como maestro de todos ellos, porque me gustaba trabajar. Dice: “¿Dónde aprendiste a hablar?”. Le digo: “Yo aprendo lo que”, le digo, “ahorita que estoy hablando con usted, para mí yo estoy aprendiendo”, le digo. Y le gustó y me dijo: “Pero tú hazte [el] que no entiendes, porque si no, te voy a dar de baja”. “Bueno”, le digo, “está bien”. Ahí trabajé un año y medio.

MM: Y, ¿le pedían papeles?

SG: No.

MM: ¿Cómo hacía para...?

SG: Ahí no pedían papeles.

MM: No, en todos estos trabajos...

SG: No.

MM: No le pidieron.

SG: No, yo nunca usé documentos chuecos. Yo aquí saqué mi seguro. Con ese seguro es con el que me pensioné, digamos, agarré el deshabilité [*disability pension*]. Así es que yo tengo beneficios porque me los gané, yo me los gané. Entonces yo nunca usé papeles chuecos. Yo siempre usé mi nombre de Saturnino, con el puro seguro agarraba yo trabajo, no necesitaba otra identificación. Tonces ahí trabajé año y medio y para ese tiempo yo ya me había casado en México. Cuando la, el [19]63 que regresé me casé y mi esposa ya tenía una niña. Tonces mi esposa se vino para Chicago y yo tenía que tener seguro para, con mi familia y ahí no había seguro, ahí me pagaban en *cash*. Tons el patrón me dijo: “González, no te puedo dar seguro porque son reglas del trabajo”. Le dije: “Pues lo siento mucho, pero yo

voy a tener que buscar un trabajo”. Tons fui a una agencia de empleos que estaba en la Thomas y la Milwaukee, una señora polaca me cobró \$40 dólares y por \$40 dólares entré yo a trabajar en una empacadora que es *roast packing*. Ahí trabajé yo veintinueve años. Empecé desde barrer el piso, ahí también. Después entré a cocinar manteca y a cocinar huesos que ya era otro trabajo más sofisticado. Todo eso lo aprendí, pero mi sueño era ser cortador de carne, llegar a ser *butcher* y lo fui. Después fui cortador y a mi orgullo, fui uno de los mejores. Me encontraron la cosa de mis ojos y me deshabilité, pero cuando pude, yo hice lo máximo.

MM: Y, ¿en qué año...? Dijo, su esposa vino en el año [19]64.

SG: El [19]65, el [19]66, el [19]66 vino ella.

MM: Con una niña.

SG: Sí, [19]64, 5.

MM: Y, ¿tuvo más hijos luego?

SG: [Mil novecientos] sesenta y cinco. Después regresamos los dos a México. No, después nació una hija que es Laura y después nació mi hijo Felipe. Felipe nació aquí en el [19]70. Tonces yo seguí trabajando en la empacadora, mi esposa entró también a trabajar en la empacadora y en el [19]72 arreglamos los documentos, porque en ese tiempo se podía por un hijo nacido aquí.

SG: Y después de ellos tres, nacieron otras tres niñas que fue Juanita, Cindy y Nancy. Son cinco mujeres y un hombre, Felipe. Mis hijos crecieron, les dimos su carrera los que quisieron estudiar. Mi hijo no quiso estudiar, él sacó la secundaria y cuando... Era mi sueños, mi hijo que estudiara, mis hijas todas tienen carreras, pero él era el de en medio, él era el tercero y le dije: “Hijo”. Dijo: “Papá, yo no me gusta estudiar”. Le digo: “¿Qué va a ser de ti, hijo?”. Dijo: “Yo voy a trabajar

y ni tampoco me busques trabajo”, me dijo. “De acuerdo, hijo”. Se buscó un trabajo mijo. Ése tiene semilla mía, empezó a trabajar, se encontró un trabajo por medio de relaciones, sus amigos muchos iban a la universidad y me decía: “Papá, ¿para qué voy a la universidad? Donde yo trabaje voy a ganar más dinero que estas gentes que están perdiendo ahí”. Le digo yo: “Hijo, pero se necesita el estudio”. “No, papá”, dijo, “tú sin estudio ira lo que eres, nos has dado todo”. Le digo: “Okay”. Se metió a trabajar al ferrocarril, en la Santa Fe, ahorita él es uno de los Unimsturs(??), ahí de los *teamsters*.

SG: Y sigue, él tiene su puesto como de la unión, pero a él le gusta trabajar. Él no es de los que se sienta en la oficina, no. Él anda en el fil [field] trabajando y resuelve problemas o ayuda a la gente y eso a mí me llena de orgullo eso.

MM: Claro.

SG: Que mi hijo sea así.

MM: Sí. Y platíqueme, si estamos terminando la entrevista, ¿qué es para usted ser bracero, qué significa?

SG: Para mí significó algo muy bonito, que muchos dicen que si no hubiera sido por Estados Unidos, no podían [ha]ber logrado lo que intentaron. Yo les digo a ellos: “Yo como bracero no fue una idea de [ha]cer algo por venirme a Estados Unidos, no, mi idea era venir a Estados Unidos y trabajar”. Si yo me hubiera quedado en México, [hu]biera sido lo mismo, porque no depende el país, no depende la raza, si no depende de la persona. Si la persona es soñadora, si la persona es emprendedora, trabajadora, aquí y en cualquier parte del mundo va a ser lo que, va a realizar sus sueños, va a hacer sus sueños. Porque si una persona se vino, como hay miles de mexicanos, miles de muchas nacionalidades que se vienen a Estados Unidos y los encuentro en la calle, ésa es mi pena. Para venir a hacer eso aquí, no se hubieran venido, mejor se hubieran quedado en su país. Yo creo que el

que llega aquí y llega con sueños, aquí como le digo y donde quiera, hace su, de sus sueños logrados.

MM: Muchas gracias.

SG: Por nada.

Fin de la entrevista